

Aquella noche

Instantáneamente recordé aquella noche del 29 de agosto de 1969 en la Venta de Vargas. La memoria sabe a veces defendernos de las catástrofes. Cuando me dijeron «Ha muerto Camarón» mi memoria pegó un relincho y me trajo las imágenes en las que permanece un José Monje urgentemente vivo, un José Monje que canta con implacable poderío y que le está rompiendo la garganta a Manuel Ortega Juárez, Manolo Caracol. La memoria se apodera de esas imágenes, se abraza de ellas, le vuelve así la espalda al cadáver de Camarón, caliente todavía. Me llamaron hacia las diez de la mañana, el jueves 2 de julio, hace unos días. Llamaban desde las redacciones de los diarios de Madrid, de Sevilla, de Barcelona, de Bilbao. Llamaban desde las emisoras de radio de muchas ciudades españolas y de algunas emisoras de Francia, de Gran Bretaña, de Japón. Atendí las llamadas y me comprometí a escribir unas páginas para tres o cuatro diarios. Pensé en los medios de comunicación: todos, en España, y muchos en otros lugares del mundo, ocupándose frenéticamente en emitir o preparar información: Camarón había sido tan grande en vida que ahora su muerte era la noticia del día. Había sido tan gran artista que ahora centenares de periodistas corrían a los teléfonos para reunir la noticia de esa grandeza. Hacia las dos y media vino un equipo móvil de Televisión Española para grabar algunas frases y no pudimos repetir la toma porque la grabación tenía que estar en los estudios centrales para ser emitida abriendo el telediario de las tres. Sea breve y rápido, me dijeron. Miré hacia el objetivo: «La voz de Camarón de la Isla fue la voz del infortunio, fue la voz del estrago y fue la voz de la fatalidad. Fue también la voz de la belleza musical y la voz del consuelo. Nietzsche escribió: "Di tu palabra y rómpete". Sólo los artistas de genio son capaces de obedecer ese terrible mandamiento. Camarón fue uno de ellos». Reunieron sus bártulos y partieron corriendo. Los vi marcharse y recordé el rostro angelical del joven Camarón a quien yo había conocido veintitrés años antes, aquella noche. Hacía ya tanto tiempo y era tan joven, tan frágil y a la vez tan poderoso. Había permanecido durante años diciendo su palabra. Ahora acababa de romperse. Recordaba aquella noche en San Fernando. Mi memoria se defendía contra el derrumbamiento de este primo andaluz de Nietzsche.



«Di tu palabra y rómpete». Esa frase de Nietzsche estaba dentro del corazón de Camarón de la Isla. Toda su vida cantó su palabra de una manera tan inmediata, tan inexorable, que parece como si siempre hubiera sabido que esa palabra le rompería la vida y en el estallido sobrevendría un reguero de sangre. Hace años, cuando le preguntaron a la cantaora Tía Anica la Piriñaca qué sentía cuando cantaba a gusto, la vieja jerezana famosamente respondió: «Cuando canto a gusto me sabe la boca a sangre». En este sentido, nadie en nuestro tiempo ha cantado más a gusto que Camarón. Todo en su arte era sanguinario, incluso la ternura, tan fastuosa en su voz. Todo en su arte era trágico. Todos sus sonidos estaban asistidos por el desamparo y emponzoñados por la fatalidad. Cuando en 1934 Federico García Lorca, asomado con el coraje y la sabiduría de la inocencia al abismo del cante flamenco, descubrió que el cantaor sólo puede hallar a su *duende* en el fondo del desamparo, en «las últimas habitaciones de la sangre», Camarón no había nacido todavía. Pero al nacer, nadie sabe cómo, recordó esas palabras de Federico, las hizo suyas y se echó a vivir en la desgracia, en el desamparo; es decir: en la autenticidad. Desde esa autenticidad, que otros llamarán suicida y que nosotros preferimos denominar suntuosa, Camarón llevó al cante flamenco a ese barranco en donde los hombres sólo saben y sólo quieren hacer tres cosas: pedir limosna, pedir socorro y pedir venganza. Limosna contra la soledad radical; socorro contra la turbulencia del sufrimiento de toda conciencia verdaderamente desnuda, y venganza contra este destino (en lenguaje flamenco es más preciso: el sino) que nos pone sobre la vida con ansia de eternidad y de felicidad y que sin embargo nos golpea, nos quiebra y nos mata. El pavoroso siguiyero Manuel Torre supo que el flamenco está lleno de «sonidos negros». El cante de Camarón era un pentagrama absolutamente enlutado. Incluso en los cantes que llamamos festeros su arte brotaba desde las tinieblas de la desesperación y el desconsuelo. Pocos han visto reír a Camarón. Algunos hemos logrado verle alguna sonrisa. Una sonrisa en la que había muy poca paz y muchísimo desengaño. Era el desengaño de quien en el fondo de su alma ya sabe que todo en esta vida se termina, y la vida también. Era el desengaño de quien no consigue nunca ignorar que somos desvalidos y finitos, que somos casi casuales y que a la muerte no podemos llevarnos ni siquiera una sonrisa de nuestros hijos. El arte de Camarón era un aullido de la filosofía, un monumento a la condición humana, un obelisco a la derrota. Pero también fue un combate extraordinariamente valiente por arrancarle a la fatalidad instantes de eternidad y de belleza. Cada uno de sus cantes es una breve eternidad, cada uno de sus cantes es un suspiro en el que estamos fuera del tiempo, en el palacio en donde el candor, la inocencia y el entusiasmo nos untan pomada en las heridas de nuestro corazón; un suspiro durante el cual conocemos a la felicidad y nos despedimos de ella. Camarón, tremendo filósofo, supo siempre que todo está perdido, pero también, como el ser fraternal que es todo artista de genio, miró a la desgracia a la cara y, apretando